



La vuelta de tuerca de Macron

Nueva Caledonia. París propone una pseudosoberanía para el archipiélago para calmar el deseo secesionista de la población nativa

GERARDO ELORRIAGA



Francia es un territorio difícil de gobernar. El 'premier' británico Winston Churchill reconocía que su política resultaba complicada, pero también aseguraba que nunca se vendría abajo un país capaz de fabricar 360 tipos de quesos. Además de ese abundante surtido de productos lácteos, nuestros vecinos cuentan con unas fronteras también vastas y diversas. Porque Francia limita al norte con el Canal de la Mancha, al este con Bélgica, Luxemburgo, Alemania, Suiza e Italia, al sur con España y al oeste con Brasil. Porque, más allá del hexágono continental, la geogra-

fía de la potencia gala se extiende a través de tres continentes.

El entramado institucional del Eliseo para englobar diversas realidades físicas y humanas es dispar y evoluciona para responder a fuerzas centrífugas. El último giro llevado a cabo pretende responder a los deseos secesionistas del archipiélago de Nueva Caledonia, a más de 16.740 kilómetros de París, en plena Oceanía. La fórmula de la cosoberanía, ofrecida como instrumento de conciliación, riza el rizo para preservar los jirones de la 'grandeur'.

El Imperio colonial francés, como el inglés o el holandés, comenzó a quebrarse tras la Segunda Guerra Mundial, tanto de forma negociada como violenta, como sucedió en Indochina y Argelia. Pero la metrópoli no se va de forma definitiva, sólo se retira discretamente. Como el globo aeros-



Un joven juega a la petanca en Numea mientras patrullan las Compañías Republicanas de Seguridad. AFP

tático y el cinematógrafo, el neocolonialismo es un invento genuinamente galo. En sus antiguas posesiones París mantiene bases y tropas y suele tutelar gobiernos que responden a sus intereses militares y económicos. La Françafrique ha sido un velado sistema de tutela y clientelismo que ha permanecido hasta su progresivo derrumbe en los últimos años.

Ahora bien, en el caso de la remota Nueva Caledonia no ha movido ficha en un intento de preservar el control de sus recursos. El antiguo establecimiento penal no siguió el camino de los dominios franceses. La razón radica en las características de su población y es que nada como la ingeniería demográfica para controlar la política local. Desde su ocupación, a

mediados del siglo XIX, diversas oleadas de colonos procedentes de Europa, Sudeste Asiático y el entorno del Pacífico, han generado una nutrida comunidad afín a la metrópoli que supera en número al colectivo indígena.

Las diferencias sociales resultan abismales entre sus 271.000 habitantes. Aquellos de origen foráneo, los 'caldoche', son la elite